

PR 5306

T2

V. 2

9

10

EL TALISMAN.

CUENTO DEL TIEMPO DE LAS CRUZADAS.

CAPITULO PRIMERO.

Peregrina historia es esa que me cuentas, sir Tomas, dijo Ricardo Corazon de Leon, despues de haber oido de boca del señor de Gisland las ocurrencias que dejamos referidas en el capítulo anterior. ¿Estás seguro que ese caballero escoces es hombre de pro?

II.

1

010769

—No puedo asegurarlo, respondió sir Tomas, conozco la veracidad de mis vecinos los Escoceses, y sé que no tienen palabra mala ni obra buena. Poco se les alcanza en esto de decir la verdad; pero el lenguaje de ese hombre parece lleno de franqueza y lealtad, y aun cuando en vez de ser Escocés fuera un demonio del infierno, diría de él lo mismo.

—¿Y qué dices de su valor, y de la opinion de que goza entre los otros caballeros? preguntó Ricardo.

—Mas atañe á vuestra magestad que á mí, respondió sir Tomas, juzgar á los hombres por sus hazañas, y apuesto á que mas de una vez ha observado la conducta de sir Kenneth en el campo de batalla. Todos hablan con estima de su valor.

—Y con razon, respondió Ricardo; yo puedo asegurarlo, como testigo ocular. Mi principal objeto, cuando en los dias de accion me coloco al frente del ejército, es observar como desempeñan su obligacion mis soldados y caudillos, y no el vano deseo de ganar gloria y nombradía. Harto vanos son los loo-

res de los hombres, que á guisa de vapores se disipan al soplo mas ligero, y no me doy yo el trabajo de ajustarme la armadura por tan frágil y deleznable galardón.

Mucha inquietud produjeron en el ánimo de sir Tomas estas palabras del monarca, tan opuestas á sus naturales inclinaciones: y creyó que solo la eercanía de la muerte, ó el temor de que esta se aproximase podia inspirarle semejante desprecio de la fama militar, que habia sido hasta entonces el aliento vital de toda su existencia. Mas acordándose de haber encontrado al confesor del rey en la antecámara, conoció que las instrucciones devotas de aquel eclesiástico, sobre la nada de las grandezas humanas, producian su efecto, y tranquilo con esta reflexion, dejó que siguiese hablando Ricardo, sin interrumpirle con sus argumentos.

—Sí, por cierto, continuó el monarca, he notado el modo en que el caballero del Leopardo desempeña su obligacion. De poco valdria la perspicacia de un caudillo si no advirtiese la conducta de sus inferiores, y

73

— sir Kenneth hubiera recibido ya alguna prenda de mi generosidad, si no me fuera conocida su presuntuosa fiereza y audaz petulencia.

— Señor, dijo el baron de Gisland, viendo que mudaba de color el rey, me temo que he desagradado á vuestra real magestad en haber disimulado la falta cometida por ese caballero,

— ¿Quién? ; tú! exclamó el rey, arrugando las cejas, y alzando la voz en tono de enfado. Si has disimulado tamaño desacato has hecho insulto á mi dignidad.

— Vuestra magestad, respondió el baron, deberá perdonarme si le recuerdo que á mi oficio de maestre de la caballería corresponde dar permisos á los caballeros de buena sangre, de tener uno ó dos perros en el campamento, para ejercer la noble arte de montería, á mas de que fuera pecado destruir un animal tan cumplido como el alano de sir Kenneth.

— ; Con que tanto vale! preguntó el rey-

— No hay debajo de la capa de los cielos,

74

repuso el baron, un animal mas perfecto. Es de la mas pura casta del Norte, añadió con el entusiasmo de un cazador; ancho de pecho, fuerte de lomos, negro de color, sin un pelo blanco en su cuerpo, sino unos vislumbres pardos en el cuello y en las piernas; capaz de parar á un toro, y de dar alcance á un gamo.

— Está bien, dijo el rey, sonriéndose, al ver la formalidad y énfasis con que sir Tomas hablaba, has dado la licencia, y no hay mas que decir en el asunto; empero, no seas tan liberal de ahora en adelante con esos caballeros andantes, que no dependen de ningún príncipe ni caudillo. Pronto nos dejarían sin una sola pieza en todos los montes de Palestina: volvamos á lo de ese médico pagano. ¿No dices que el Escoces le encontró en el desierto?

— No señor, respondió el baron; si hemos de dar crédito á sus palabras, la aventura del médico es la siguiente: llevaba sir Kenneth un mensage á ese santo anacoreta de Engaddi, de quien tanto se habla...

— ¡ Con dos mil de á caballo! dijo el rey, reventando de cólera. ¿ Quién le dió ese mensaje, y con qué propósito? ¿ Quién se atreve á enviar mensajeros á Engaddi cuando la reina se halla de romería en aquel santuario?

— El consejo de los príncipes de la cruzada, respondió sir Tomas, fué quien le dió el encargo; el motivo, lo ignoro; mas segun veo, pocos saben en el campamento que vuestra real consorte ha emprendido esa santa romería, y de mi parte, sé decir que es la primera noticia que de ello tengo. Quizas no lo saben tampoco los príncipes, puesto que la reina está separada de vuestra real compañía, desde que vuestra magestad lo ha mandado asi, por temor de que se contagie su preciosa salud.

— ¡ Con que en resúmen, dijo el rey, ese Escoces, ó enviado, ó como quieras llamarle; dió con el errante médico en la cueva de Engaddi!

— No señor, repuso sir Tomas; cerca de aquel sitio solitario encontró á un emir sar-

raceno, con quien lidió cuerpo á cuerpo, deseosos ambos de acreditar su valor, y conociendo que era digno el Moro de acompañarse con hombres de honor, caminaron juntos, como suelen hacer los de la andante caballería, hasta la gruta del santo anacoreta.

Detúvose en esto sir Tomas, pues no era hombre de los que cuentan largas historias en breves sentencias.

— Y allí encontraron al físico, dijo el monarca, con impaciencia.

— No, el señor, continuó De Vaux; sino que el Sarraceno, enterado de la dolencia de vuestra magestad, prometió que el soldan Saladino le enviaria el médico de su cámara, con las mayores seguridades de su superior destreza; y en efecto, vino á la gruta, despues que el Escoces le hubo aguardado en ella un dia y mas. Y en cuanto el doctor, viene acompañado á manera de príncipe ó magnate; con trompetas y atabales, y sirvientes de á pie y á caballo, trayendo ademas credenciales de su amo.

— ¿Ha examinado esos papeles Jacome Loredani? preguntó el rey.

— El intérprete, respondió sir Tomas, los ha visto y trasladado al ingles, y aquí está la version que de ellos ha hecho.

Ricardo tomó el papel, en el cual estaban escritas estas palabras: «La bendicion de Alá y de su profeta Mahoma. (¡ Maldito perro! exclamó Ricardo, escupiendo al manuscrito.) Saladino, rey de reyes, soldan de Egipto y de Siria, luz y refugio de la tierra, al gran Melech Ric, Ricardo de Inglaterra, salud. Habiendo entendido, real hermano nuestro, que te aqueja la mano de la enfermedad, y que solo tienes contigo médicos nazarenos y judíos, que obran sin la bendicion de Dios, y de nuestro santo profeta (¡ Satanas lo confunda! dijo el rey), te enviamos para que te asista y visite, durante esta calamidad, al físico de nuestra propia persona, Adonebec El Hakim, ante cuyo aspecto el ángel Azrael extiende las alas y huye del lecho del que padece, y el cual conoce las virtudes de las plantas y de las piedras, y

los signos y curso del sol, de la luna y de las estrellas, y puede salvar al hombre de los males que no lleva escritos en la frente. Y esto hacemos, rogándote encarecidamente que honres al dicho Adonebec El Hakim, y hagas uso de su sabiduría, no solo con el objeto de prestarte servicio digno de tu prez y nombradía, que es la gloria de todas las naciones del Franchistan *, sino con el de llevar á cabo sin dilacion nuestra actual desavenencia, sea por honroso convenio, sea por medio de las armas, en batalla campal; considerando ademas que ni conviene á tu dignidad y fama morir como muere el esclavo, abrumado de trabajo y fatiga, ni á nuestro honor y decoro, que tan valiente adversario evite, á favor de esta enfermedad, la fuerza de nuestras armas. Y por tanto quiera el santo....»

— Basta, basta, dijo el rey, no quiero oír hablar de ese can de profeta. Hastío me causa que el valiente y esforzado Saladino,

* Nombre que los orientales daban á Europa.
1.

20

dé fe y crédito, y reverencie y acate á una bestia muerta. Ahora lo que deseo es ver á ese Hakim, ó como se llame, y ponerme á su merced; y en cuanto al soldan, yo sabré pagarle su generosidad: lo encontraré en el campo de batalla, segun él mismo bravamente lo propone, y no tendrá por qué quejarse de la ingratitude de Ricardo Corazon de Leon. Le haré probar el peso de mi maza, y tales golpes le daré, que nunca los habrá recibido antes, hasta traerle al gremio de la santa Iglesia. Retratará y abjuraré sus errores, puesto de rodillas ante la cruz de mi espada, y será bautizado en el campo de batalla, con mi propio yelmo, aunque sea necesario que se mezclen en las santas aguas su sangre y la mia. Date prisa, De Vaux, y adelanta cuanto puedas tan venturoso instante. Venga á este sitio El Hakim.

— Señor, dijo el baron, sospechando que esta excesiva confianza era efecto de la calentura; tened presente que el soldan es un pagano, y que vuestra magestad es su mas formidable enemigo.

— Y aun por esa razon, dijo el rey, es el mas á propósito para esta clase de servicio, pues segun él mismo da á entender, es mengua que una fiebre ponga término á una guerra entre dos poderosos monarcas. Saladino me aprecia, como yo aprecio á Saladino; como deben hacerlo recíprocamente dos nobles y magnánimos adversarios. Por mi fe, que seria pecado dudar de su lealtad y buena intencion.

— Paréceme, Señor, respondió el baron, no obstante quanto habeis dicho, que seria bueno aguardar el éxito de esos brevages que el médico ha dado al escudero Escoces. Mi vida va en ello, pues seria digno de morir como un perro, si partiera de ligero en esta materia.

— Nunca te ví vacilar por miedo de la muerte, dijo Ricardo.

— Ni sé vacilar tampoco, dijo el baron, salvo quando está de por medio la de vuestra magestad.

— Pues bien, repuso el monarca, hombre suspicaz y receloso, anda y observa los

progresos de esa cura, ó deja que el médico musulman me sálve ó me despache; que ya me cansa el verme aquí postrado, como vaca con morriña, en tanto que los tambores baten, y los cáballos relinchan, y patalean, y las trompetas retumban.

El baron salió apresuradamente, resuelto á consultar el caso con algun prelado de la Iglesia, por no ser bastante su conciencia á decidir si un monarca cristiano se pondria en manos de un infiel.

El arzobispo de Tiro fué el primero á quien dió parte de sus dudas, por conocer su adhesion á Ricardo, que le habia dado grandes testimonios de afecto y veneracion. Oyó el arzobispo los escrúpulos de sir Tomas, y los trató con aquella ligereza, que le era lícito demostrar en presencia de un lego.

— Los médicos, dijo el prelado, asi como las medicinas que emplean, suelen ser de gran provecho y ventaja, aunque los primeros son, por lo comun, hombres de bajo y vil nacimiento, y las segundas, en

muchos casos, se sacan de sustancias inmundas. Lícito es aprovecharse de la asistencia de los paganos é infieles en nuestra propia ventaja, y no va lejos de la verdad el que crea, que si Dios les permite vivir, es tan solo para que sirvan de utilidad á los fieles cristianos; por esto es lícito tambien, servirse de los cautivos infieles, como esclavos. No hay duda que los primitivos cristianos se valian de los servicios de los idólatras, como lo hizo ver el bendito apóstol san Pablo, cuando navegaba en un buque de Alejandria hácia Italia, pues siendo paganos los marineros, el santo reconoció cuán necesaria era su ayuda. *Nisi in hi navi manserint, vos salvi fieri non potestis*. Vosotros no podeis escapar con vida, á menos que estos, *id est*, los marineros, permanezcan en la nave. Además, que los Judíos son tan enemigos de la ley de Cristo, nuestro redentor, como los mahometanos, y apenas hay médico en el campamento que no sea de aquella secta, no obstante lo cual, los empleamos en nuestras dolencias,

sin recelo ni escándalo. Por tanto, los mahometanos pueden desempeñar el mismo oficio, *quod erat demonstrandum.* »

Esta erudita y profunda peroracion calmó todas las inquietudes de Tomas De Vaux, á quien convencieron sobre todo los textos latinos, de que no entendia una sola palabra.

Pero el arzobispo siguió hablando, aunque no con tanta afluencia, sobre la posibilidad de que el Sarraceno procediese de mala fe y acerca de este delicado punto, no se atrevió á resolverse con tanta prontitud. El baron le enseñó las credenciales, que el prelado leyó y releyó atentamente, comparando el original con la traduccion.

— Sucesos de esta clase, dijo, no pueden menos de ser muy del gusto de Ricardo; pero yo no estoy lejos de sospechar las intenciones del Sarraceno. *Timeo Danaos et dona ferentes*, que dijo el profano. Los secretarios de Mahoma son diestrísimos en el conocimiento y uso de ponzoñas, y de tal modo las templan, que tardan semanas en-

teras en producir su efecto, dando lugar á que el envenenador desaparezca. Impregnan con sùtiles venenos el paño y el cuero, y hasta el papel y el pergamino. La vírgen, nuestra señora, nos defienda. ¡Y yo necio de mí que lo sé, y he puesto tan cerca de mi rostro esas credenciales! Tomadlas pronto, sir Tomas, por *si fortè*.

Y al decir estas palabras alargó precipitadamente los papeles al baron. Mas lo que por lo presente conviene, continuó el arzobispo, es ir á la tienda del escudero, donde nos será dado saber si ese El Hakim posee el arte de curar como Saladino asegura, antes de resolernos á permitirle que lo ejerza en la persona de Ricardo. Bueno será que yo me prevenga de antemano con un poco de romero mojado en vinagre, y os aconsejo que useis de la misma precaucion, pues estas fiebres son una verdadera pestilencia. Algo se me alcanza en esto de medicina.

— Doy gracias á vuestra señoría muy reverenda, dijo sir Tomas; pero si la fiebre se

hubiera de atrever conmigo, tiempo ha que me hubiera atacado á la cabecera del rey.

El arzobispo de Tiro se sonrojó al oír esto, pues era público, que no se había atrevido á acercarse al monarca en el discurso de su enfermedad. Los dos personajes echaron á andar, yendo delante el baron.

Al llegar á la pobre cabaña en que sir Kenneth, el del Leopardo y su escudero residian, el arzobispo dijo á De Vaud: « Ved, milord, lo que son estos caballeros escoce-ses, y el cuidado que tienen de sus servidores. Aquí tenemos uno que dicen que pelea bien el dia de accion, y que parece digno de importantes mensajes en tiempo de tregua, y ved el sitio en que tiene á su escudero, que no parece sinó establo de vacas. ¿ Qué decis de nuestros vecinos? »

— Digo, señor arzobispo, respondió sin poderse contener sir Tomas, que harto hace el amo que aloja á su servidor bajo el mismo techo que le guarece.

El prelado entró, no sin cautela y repugnancia, en la cabaña de sir Kenneth, si-

guiendo los pasos del baron. Era hombre que no carecia de valor, pero que sobre todas las cosas humanas, atendia á la conservacion y bienestar de su persona; mas en la ocasion presente, le pareció indispensable examinar por sí mismo la ciencia del Arabe, por lo que se erguió cuanto pudo, y se revistió de entonada gravedad; creyendo de este modo imponer respeto al extrangero, y darle una encumbrada idea de su dignidad y sabiduría.

Y cierto que su presencia era alta y magestuosa. Habia sido de bello parecer en su juventud, y la edad no le habia despojado de un todo de aquellas ventajas. El espléndido ropage episcopal de que usaba, estaba forrado de pieles costosas, y guarnecido de finísimo encage. Los anillos que relumbraban en sus dedos valian tanto como una baronía, y la clámide, que á la sazón iba abierta y echada atras por causa del calor, tenia broches de oro puro, con que se unia y sujetaba cuando convenia. Su barba, que los años habian convertido en nieve, on-

deaba pomposamente sobre el pecho, y en torno de las mejillas. Uno de los acólitos que le acompañaban, protegía su cabeza contra los rayos del sol, por medio de una ancha sombrilla de hojas de palmero, mientras el otro refrescaba el aire entorno, agitando suavemente un gran abanico de plumas de pavon.

Cuando el arzobispo de Tiro penetró en el pabellon del caballero escoces, éste se hallaba ausente, y el doctor sarraceno, objeto de su curiosidad, se hallaba, como cuando sir Tomas le habia visto antes, cruzado de piernas sobre el almohadon de estereras, contemplando atentamente el sueño del escudero, y tomándole de cuando en cuando el pulso. El arzobispo permaneció en pie, y guardando silencio, por espacio de algunos minutos, como si esperase que el extrangero le hiciese una profunda humillacion, ó que le hiciese gran impresion la gravedad de su talante. Pero Adonebec El Hakim no hizo mas que echarle una ojeada, y cuando el prelado al fin se decidió á salu-

darle en lengua franca, el médico solo le respondió con el acostumbrado cumplimiento de los orientales: *Salam alium*, que quiere decir, « la paz sea contigo. »

— ¿Eres tú, médico infiel? preguntó el arzobispo algo enojado el ver esta irreverente acogida. Si así es, holgárame de hablar contigo sobre cosas de tu arte.

— Si algo se te alcanza del arte de curar, respondió El Hakim, sabrás que no es lícito á los físicos razonar ni discurrir cerca del enfermo. Escucha, añadió, oyendo el sordo y ahogado gruñir del alano de sir Kenneth, ese animal te enseña tu obligacion, Ulemat*. Su instinto refrena el ladrido, porque sabe que está en la habitacion de quien padece. Vamos fuera de la tienda, dijo, levantándose y enseñando el camino, y allí oiré cuanto tengas que decirme.

A pesar de la llaneza del traje del mahometano, y de la inferioridad de su estatura, comparada con la elevada y fornida de sir

* Nombre que dan los mahometanos á sus sacerdotes.

Tomas, el arzobispo notó en sus palabras y modales cierta gravedad y comedimiento, que le impidió manifestar todo el descontento que le causaba aquella soltura y familiaridad. Cuando los tres se hallaron fuera de la tienda, el arzobispo estuvo observando silenciosamente al Arabe, maravillándose de su aparente juventud, de la serenidad de su fisonomía, de la magestad y mesura de todos sus ademanes, y sobre todo de la indiferencia con que miraba á uno de los primeros personajes de la Iglesia católica.

Rompiendo al fin el silencio, en que el Moro permanecía, el prelado le preguntó, cuántos años tenía.

— Los años de los hombres vulgares, respondió El Hakim, se echan de ver en la barba y en el bigote; los del sabio, en el fruto de sus estudios. Mi edad es cien revoluciones de la Hegira *.

El baron que creyó al pie de la letra que

* Daba á entender que sus conocimientos eran tales que cien años se necesitaban para adquirirlos por medio del estudio.

el mahometano tenía cien años de edad, miró con ojos atónitos al prelado, el cual comprendió el sentido enigmático de la respuesta, y respondió á la mirada del Ingles con un ademan misterioso de inteligencia y superioridad. Y volviendo á revestirse de pomposo erguimiento, pidió al médico alguna prueba de su saber.

— La palabra del soldan, respondió El Hakim, poniendo la mano en la gorra, en señal de reverencia; la palabra de aquel que jamas la rompió con amigo ni enemigo. ¿Qué mas quieres, Nazareno?

— Quiero, dijo el arzobispo pruebas oculares de tu habilidad, y sin dármelas antes, no te acercarás al lecho de Ricardo Corazon de Leon, rey de Inglaterra.

— El loor del médico, contestó el Arabe, es la salud del paciente. Observa ese escudero, á quien ha secado la sangre esa enfermedad que ha sembrado vuestro campo de esqueletos, y contra la cual la ciencia de los físicos nazarenos, ha sido como un almohadon de seda contra una punta acerada. Ha

poco que la muerte habia clavado en él su garra. Secos estan sus huesos, como los árboles del bosque cuando los ha despojado el viento del desierto: pero si el ángel Azrael hubiera estado á un lado de su cabeza, y yo al otro, el golpe funesto hubiera quedado suspenso en el aire. De poco aprovecha molestarme con mas preguntas; aguarda, si quieres, al momento crítico, y el éxito responderá.

El fisico, dichas estas razones, sacó el astrolabio, oráculo de la sabiduría de Oriente, y observando que era llegada la hora de la oracion de la tarde, se puso de rodillas, vuelto el rostro hácia la Meca, y recitó las plegarias que el Alcoran prescribe. Mirábanse suspensos el arzobispo y el baron, indignados de presenciar aquellos ritos sacrílegos, mas no osaron interrumpir al médico en sus devociones, aunque tan diabólicas y abominables les parecian.

El Arabe se levantó de la tierra en que se habia postrado, y entrando en la tienda, y viendo al paciente que no habia mudado

de posicion, sacó de una caja de plata, una esponja, que sin duda estaba empapada en alguna infusion aromática, porque al aplicarla á la nariz del dormido escudero, estornudó inmediatamente, abrió los ojos, y miró en torno de sí con estrañeza y ansiedad, pero sin señales de dolor ni aturdimiento. Parecia ciertamente una vision sobrenatural; una de aquellas escuálidas fantasmas que amenazan en su sueño inquieto al homicida. Descubriéndose uno á uno todos sus huesos, en la superficie del cútis, como si jamas hubiesen estado revestidos de carne. Estaban hundidos sus ojos, acartonadas sus mejillas, confusamente desordenados sus cabellos y barbas; empero sus miradas que al principio eran vagarosas é inciertas, se fuéron tranquilizando y fijando poco á poco. No tardó en percibir el alto carácter de aquellos dos sugetos que enfrente de su lecho se hallaban, y aunque apenas podia mover la mano, hizo un esfuerzo para quitarse el lienzo que le cubria la cabeza, en señal de reverencia, pregun-

tando al mismo tiempo por su amo, en voz lánguida y desfallecida.

— ¿Nos conoces, buen hombre? le preguntó sir Tomas De Vaux.

— No perfectamente, respondió el escudero. Mi sueño ha sido largo, y lleno de delirios. Veo sin embargo que sois un lord de Inglaterra, y que estoy delante de un santo prelado, cuya bendicion imploro, como pobre pecador.

— *Benedictio Domini sit tecum*, exclamó gravemente el arzobispo de Tiro, haciendo la señal de la cruz sobre el enfermo, aunque procurando guardar la misma distancia á que se hallaba.

— Ya lo veis, Nazarenos, dijo entonces el musulman; la fiebre ha cedido; el enfermo habla en su acuerdo, tomadle el pulso, y conoceréis cuan igual y tranquilo late.

El arzobispo se rehusó á hacer la experiencia, pero sir Tomas, menos tímido y receloso, aplicó la mano al pulso, y se convenció de que la fiebre habia desaparecido.

— Maravilla es esta, dijo el baron miran-

do al arzobispo, de que ya no es posible dudar. Vamos con este hombre á la tienda del rey Ricardo. ¿Qué piensa vuestra reverendísima señoría?

— Deteneos, dijo entonces El Hakim, y dejadme terminar una cura antes de empezar otra. Estaré á vuestras órdenes, despues de haber dado al enfermo una segunda copa de este elixir celestial.

Dichas estas palabras, el Arabe tomó en la mano una copa de plata; vertió en ella el licor que contenia una vasija, puesta á la cabecera del enfermo; sacó un taleguillo de un tejido de seda, en forma de red, cuyo contenido no pudieron distinguir los asistentes; le metió dentro de la copa, y allí le tuvo observándolo con la mayor atencion, por espacio de cinco minutos. El baron y el arzobispo creyeron ver formarse una efervescencia durante esta operacion; mas no tardó mucho en ceder.

— Bebe, dijo El Hakim al enfermo, duerme, y despierta libre de toda dolencia.

— ¿Y con esta simple droga, preguntó el

arzobispo de Tiro, quieres curar á todo un rey de Inglaterra?

— Con esta simple droga, repuso el musulman, he curado á un hombre como lo estais viendo. ¿Son acaso de otro barro los reyes de Franchistan?

— Vamos con este hombre al rey, dijo otra vez el impaciente sir Tomas De Vaux; ya nos ha hecho ver que no es mentida su ciencia, y que puede restablecerle la salud. Si falla, yo le enviaré á curar musulmanes á los profundos senos del abismo.

Iban ya los tres á salir del pabellon, cuando el enfermo, alzando la voz en cuanto se lo permitia la postracion de sus fuerzas: —Muy reverendo padre, exclamó, noble caballero, y tú, sabio y caritativo doctor, si quereis que pueda recobrar sueño y tranquilidad, decidme por caridad ¿qué se ha hecho de mi querido amo?

— Tu amo, buen amigo, respondió el prelado, se halla en remota expedicion, y honrosa embajada, que le detendrá algunos dias.

— ¿De qué sirve engañarle? dijo entonces el baron De Vaux, tu amo está de vuelta en los reales, y no tardarás mucho en verle.

El enfermo alzó las manos al cielo en señal de gratitud, y no pudiendo ya resistir el efecto del narcótico elixir, cerró los ojos y quedó profundamente dormido.

— Mejor médico haceis que yo, sir Tomas, dijo el prelado. Los enfermos gustan mas de mentiras que de verdades, cuando aquellas les son gratas.

— ¿Qué quereis decir, reverendo señor? preguntó sir Tomas, ofendido de aquella reconvencion. ¿Pensais que diria yo una mentira, aunque fuera para salvar la vida á un escuadron entero?

— Habeis dicho, repuso el arzobispo, con manifiestas señales de inquietud, que el amo de ese hombre ha vuelto de su expedicion, y si no me engaño, hablais de sir Kenneth el del Leopardo.

— Y ha vuelto en verdad, dijo sir Tomas; y hace pocas horas que he hablado con él,

y ese doctor árabe ha venido á los reales en su compañía.

— ¡La virgen nos ampare! ¿Porqué no me lo habeis dicho antes? exclamó el prelado descompuesto y trémulo.

— Creí haberos dicho, continuó el baron, que el físico enviado por el soldan, venia escoltado por ese caballero escoces: pero ¿qué tiene que ver su vuelta con la ciencia del doctor, y con la cura del rey que es lo que mas nos importa?

— Mucho, sir Tomas, dijo el arzobispo, estampando el pie en el suelo, agitando las manos, y dando otras evidentes señales de involuntario desasosiego. Pero ¿dónde estará ahora? Dios le asista, y nos asista á todos. Aquí hay alguna grave equivocacion. ¡Válgame san Pedro apóstol!

— Ese mancebo, dijo sir Tomas, podrá quizas satisfacer vuestra curiosidad.

Llamáronle en efecto, y aunque solo hablaba el casi ininteligible dialecto de los montañeses de Escocia, pudieron colegir por sus respuestas, que sir Kenneth habia

sido llamado á la tienda del rey, poco antes de la llegada de los dos personajes; lo cual en tal manera aumentó la turbacion del arzobispo, que no pudo menos de notarla el baron, con no ser un observador muy experto, ni aficionado á cavilidades ni sospechas. Pero mientras mas crecia el trastorno del prelado, mayor esmero ponía en disimularlo. Al fin se despidió precipitadamente de De Vaux, que no cesaba de mirarle sorprendido y atónito, y encogiéndose de hombros, como quien no comprende lo que está viendo, se encaminó con el sabio Arabe á la tienda del rey de Inglaterra.